

incitaba al pueblo á los más grandes desórdenes, y cuyo eco se apagaba muchas veces con el silbido de la cuerda ó con el hachazo de la guillotina. Camilo Desmou-lins era un hijo cruel de la revolucion, así como Marat era la expresion de todas las iras populares. Su periódico, titulado *El Amigo del Pueblo*, chorreaba sangre por cada renglon.

VIII

Marat era suizo. Escritor sin talento, sabio sin renombre y apasionado por la gloria, sin haber recibido los medios de ilustrarse ni de la sociedad ni de la naturaleza, se vengaba de todo lo que era grande en la naturaleza y en la sociedad. El talento era para él tan odioso como la aristocracia, y le perseguia encarnizadamente en cualquier parte en que le veia brillar. Este hombre hubiera querido poder nivelar la creacion, y su idea fija era la de la igualdad, porque en la superioridad hallaba su martirio. Era amante de la revolucion, porque ésta igualaba todas las cosas hasta nivelarlas con él, y tenia gusto en ver correr la sangre, porque le parecia que con ella lavaba la injuria de la oscuridad en que siempre habia vivido. Habíase constituido en denunciador perpetuo ante el pueblo, porque sabía que la delacion es una lisonja para todo el que tiene miedo, y el pueblo estaba temblando siempre. Verdadero profeta de la demagogia, inspirado por la demencia, sus sueños nocturnos eran el texto de las conspiraciones del dia siguiente. Idolo del pueblo por lo afecto que manifestaba ser á los intereses de éste, se cubria con el velo del misterio como todos los oráculos. Vivía en la sombra y no salía más que de noche, ni se comunicaba con los demas hombres sin tomar ántes cien minuciosas precauciones. Un subterráneo era su morada y el asilo desconocido en que se refugiaba temeroso, huyendo del puñal ó del veneno. En su diario habia cierta cosa sobrenatural que preocupaba la imaginacion, porque Marat se habia cubierto con la máscara del fanatismo. La confianza que en él se tenia era una especie de culto, y el humo de la sangre que pedia sin cesar se le habia subido á la cabeza. Este hombre fatal era el delirio de la revolucion.

IX

Brissot, hombre todavía oscuro en aquella época, escribia *El Patriota Frances*. Como político, aspiraba á ocupar los puestos más elevados y no excitaba las pasiones revolucionarias sino hasta el punto en que creia poderlas contener, si algun dia llegaba á gobernar. Constitucional en un principio y amigo de Necker y de Mirabeau, y hombre asalariado ántes de llegar á ser doctrinario, no veía en el pueblo sino un soberano más próximo á reinar. La república era la aurora de su felicidad, y se dirigía hácia ella con ansiedad, aunque con mucha prudencia, y volviendo siempre la vista atras por ver si la opinion le seguía.

Condorcet, aristócrata por su nacimiento, pero hombre de talento, se habia hecho demócrata por filosofismo. Su pasion era la transformacion de la razon humana. Condorcet escribia la *Crónica de Paris*.

Carra, demagogo oscuro, se habia adquirido un nombre, y se habia hecho temible por sus *Anales patrióticos*. Freron, en *El Orador del Pueblo*, rivalizaba con Marat; Fauchet, en *La Boca de Hierro*, elevaba la democracia á la altura de una filosofia religiosa. Finalmente, Laelos, oficial de artillería, autor de una novela obs-



CAMILO DESMOULINS.

cena y confidente del duque de Orleans, redactaba el *Diario de los Jacobinos*, y esparcía por toda la Francia el soplo abrasador de las ideas y de las palabras, cuyo foco estaba en los clubs.

Todos estos hombres se esforzaban en llevar al pueblo más allá de los límites que Barnave había establecido despues del acontecimiento del 21 de Junio. Querían que, aprovechándose de la ocasion en que el trono podia decirse que estaba vacante, se le hiciese desaparecer enteramente de la Constitucion. Cubrían al rey de injurias y le hacían despreciable á los ojos de la multitud, para que nadie fuese osado á colocar de nuevo al frente de las instituciones á un príncipe á quien habían envilecido con sus escritos. Clamaban continuamente pidiendo la destitucion, la abdicacion ó la prision para el rey, esperando degradar para siempre la dignidad real degradando al hombre que estaba revestido de ella. La república veía por primera vez que iba llegando su época, y temblaba que se le escapase sin saber cómo. Todas estas manos á la vez impelían los espíritus hácia un movimiento decisivo. Los artículos promovían las mociones, éstas las peticiones, y las peticiones engendraban los motines. El altar de la patria, establecido en el Campo de Marte por otra nueva coalicion, era el sitio destinado para las asambleas populares, verdadero monte Aventino donde el pueblo se retiraba para imponer la ley desde allí á un Senado tímido y corrompido.

«¡No más reyes! ¡Seamos republicanos!—decía Brissot en *El Patriota*.—¿Por qué esa repugnancia en adoptar el nombre de una cosa que ya tenemos de hecho? Esto es inconcebible para el filósofo.» «¡No más reyes! ¡No más protectores ni regentes! Acabemos de una vez con esos devoradores de hombres,—repetía *La Boca de Hierro*.—Unanse los ochenta y tres departamentos y declaren terminantemente que ya no quieren ni tiranos, ni monarcas, ni protectores. Su sombra es tan funesta para el pueblo, como la de los bohonupas para todo sér viviente. Si nombramos un regente, pronto tendremos que batirnos para elegir un señor. Batámonos solamente por la libertad.»

Provocado el duque de Orleans por estas alusiones á la regencia, que segun voz pública se trataba de conferirle, hizo anunciar en los periódicos que estaba dispuesto á servir á la patria; pero que si se trataba de nombrar un regente, renunciaba desde entónces y para siempre á todos los derechos que por su nacimiento le daba la Constitucion para el desempeño de aquel cargo. «Despues de haber hecho tantos sacrificios por la causa popular,—decía,—no me es ya permitido salir del estado de simple ciudadano. La ambicion sería en mí una inconsecuencia inexcusable.» Este príncipe, desacreditado ya en todos los partidos, no podia ser de ninguna utilidad al trono, y estaba incapacitado para poder servir á la república. Odiado de los realistas, renegado por los demagogos y sospechoso á los constitucionales, no le quedaba más que la actitud estoica en que se refugiaba. Este hombre había abdicado su rango, la faccion á que pertenecía y hasta el favor del pueblo. Como hombre político había muerto, y no le quedaba ya más que la vida material.

En esta misma época, Camilo Desmoulins apostrofaba á Lafayette, primer ídolo de la insurreccion, con estas énicas palabras: «Libertador de los dos mundos, flor de los genizaros, fénix de los alguaciles mayores, Don Quijote de Capeto y de las dos Cámaras, constelacion del Caballo blanco, muy débil es mi voz para que pue-

da sobresalir entre el clamoreo de vuestros treinta mil soplones; tampoco es posible que apague el ruido de vuestros cuatrocientos tambores y de esos cañones que habeis cargado de uvas. Hasta aquí habia murmurado de vuestra alteza más que real por lo que habia oido decir de vos á Barnave, á Lameth y á Duport. Por los informes de estos tres, os habia denunciado á los ochenta y tres departamentos como un ambicioso que no trataba más que de lucir, ó como un esclavo de la corte, semejante á aquellos antiguos mariscales de la liga en cuyas manos habia colocado la revolucion el baston de mando, y que, mirándose como bastardos, trataban de hacerse legítimos; pero hé aquí que de repente os abrazais todos y os proclamais mutuamente padres de la patria, diciendo á la nacion: «Fiad en nosotros. »Somos unos Cincinnatos, unos Washington, unos Aristides». ¿Qué version hemos de seguir de estas dos? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen mucho á aquellos atenienses á quienes Demóstenes decia: «¿Sereis siempre como esos atletas que, »heridos en una parte de su cuerpo, ponen la mano sobre el sitio en que han sido »heridos, y ocupados en esta tarea inútil, no saben ni herir ni defenderse?» Ya empiezan á temer que Luis XVI puede muy bien ser un perjuro, supuesto que se ha escapado, y ya me parece tambien verlos por esas calles con ojos despavoridos, cuando sepan que Lafayette ha abierto las puertas de la capital á la aristocracia y al despotismo. Ojalá me engañe en mis conjeturas, porque á salir ciertas, me ausento de Paris como se ausentó mi tocayo Camilo de una patria ingrata, deseándole mil prosperidades. Yo no necesito haber sido emperador como Diocleciano para saber que las hermosas lechugas de Salerno valen más que el imperio de Oriente, que la faja con que se adorna un municipal, y sobre todo, que son preferibles á las inquietudes diarias con que vuelve á su casa por la noche un periodista jacobino, que siempre teme caer en manos de esos *valentones* de que dispone el general del Caballo blanco. En cuanto á mí, no he tomado de los primeros la escarapela tricolor para venir á parar en un gobierno de dos Cámaras».

X

Tal era el lenguaje general de la imprenta y el de este moderno Aristófanes de un pueblo irritado, al que acostumbraba á burlarse de la majestad, de la belleza y de la desgracia. Un día llegó en que necesitó para sí y para la hermosa jóven á quien adoraba de aquella misma compasion que él habia desterrado del corazon del pueblo; pero no halló otra cosa que una risa brutal de la multitud, que le hizo entristecerse por primera vez al tiempo de ir á entregar su cuello al verdugo.

El pueblo, cuya política es enteramente sentimental, no podia comprender los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que trataban de imponerle un rey fugitivo por respeto á un trono que ya no existia de hecho. La moderacion de Barnave y de los Lameth le parecia una complicidad, y el grito de traición se oia en todas las reuniones populares. El decreto de la Asamblea fué la señal de una fermentacion que se descubria ya desde el 13 de Julio entre los grupos, al oír sus imprecaciones y amenazas. Grandes masas de jornaleros que habian sido despachados de los talleres corrian las calles y plazas públicas pidiendo pan á la municipalidad. Esta, para que se sosegasen, acordó que se les diese algun socorro, y Bailly, corregidor de Paris, les arengó y mandó empezar, para darles ocupacion, obras de que no habia necesidad en el momento. Fueron á traba-

jar, pero muy pronto dejaron el trabajo, y corrieron á engrosar los grupos de los que andaban gritando por las calles que se morian de hambre.

Esta multitud iba continuamente desde la casa de la ciudad á los Jacobinos, y de allí á la Asamblea nacional, pidiendo la república, sin otro jefe que la dirigiese que su misma agitacion. Un instinto espontáneo y unánime le decia que la Asamblea dejaba pasar el momento de adoptar grandes resoluciones, y por eso queria forzarla á que lo aprovechase. Su voluntad era más poderosa por ser anónima y por no estar dirigida por ningun jefe, al ménos conocido, que la impulsase á obrar. Marchaba por sí sola, y por sí sola escribia en las calles y plazas cien peticiones amenazadoras. La primera que el pueblo presentó á la Asamblea el 14 fué apoyada por cuatro mil peticionarios, y estaba firmada: *El pueblo*. El 14 de Julio y el 6 de Octubre le habian enseñado cuál era su verdadero nombre. Impávida y firme la Asamblea, pasó á la órden del dia sin hacer caso de semejante peticion.

La turba, al salir de la Asamblea, se dirigió al Campo de Marte, en donde firmó otra peticion en términos más imperantes. «Mandatarios de un pueblo libre,—decia,—¿quereis destruir la obra que nosotros hemos hecho? ¿Quereis sustituir al de la libertad el reinado de la tiranía? Sabed, si así lo hiciéseis, que el pueblo frances, que ha conquistado sus derechos, no quiere volverlos á perder.» Al abandonar el Campo de Marte se dirigió el pueblo amotinado á las Tullerías, á la Asamblea y al Palacio Real, mandando por su propia autoridad que se certasen los teatros y se suspendiesen todas las demas diversiones públicas hasta que se les hubiese hecho justicia. Por la noche, más de cuatro mil personas acudieron á los Jacobinos, como si quisiesen manifestar que en los alborotadores que allí se reunian reconocian la verdadera Asamblea del pueblo. Todos los jefes en quienes tenia depositada su confianza se hallaban allí presentes, y en el momento en que llegó allí aquella turba, se hallaba ocupada la tribuna por un miembro del club que denunciaba á otro ciudadano por haber hablado mal de Robespierre. El acusado se justifica, pero se le arroja violentamente de aquel recinto. Preséntase entonces Robespierre y pide la gracia de aquel hombre que le habia insultado, recibiendo millares de aplausos por aquella generosidad fingida ó verdadera. El entusiasmo que excitaba entonces Robespierre no podia ser mayor. «¡Bóvedas sagradas de los Jacobinos,—decia una alocucion dirigida á los departamentos,—vosotras nos respondeis de Robespierre y de Danton, de esos dos oráculos del patriotismo!» Laclos propuso que se redactase una alocucion, y que se enviase á los departamentos firmada por diez mil hombres libres. Otro miembro del club se opuso á ello, deseoso del órden y de la paz. Danton se levanta entonces y le dice: «Tambien yo quiero la paz, pero nunca la que procede de la esclavitud. Si verdaderamente tenemos energia, demostrémoslo, y todos los que no se sientan con valor suficiente para levantar su frente ante la tiranía, quedan dispensados de firmar nuestra peticion. Para conocernos mutuamente no hay necesidad de otra prueba mejor».

Robespierre habló despues y demostró al pueblo que Barnave y los Lameth estaban haciendo el mismo papel que habia hecho Mirabeau. «¡Están de acuerdo con nuestros enemigos, y se atreven á apellidarnos facciosos!» Más tímido que Laclos y que Danton, no apoyó la peticion, porque siendo hombre de cálculo más que de pasion, preveia que un movimiento desordenado se estrellaria contra la resistencia organizada de las clases acomodada y media. Reservábase este hombre extraordi-

nario una retirada en la legalidad, y guardaba cierta circunspeccion con la Asamblea. Laclos insistió, venció el pueblo, y á medianoche se deshizo la reunion, conviniendo en que al dia siguiente se firmaria la peticion en el Campo de Marte.

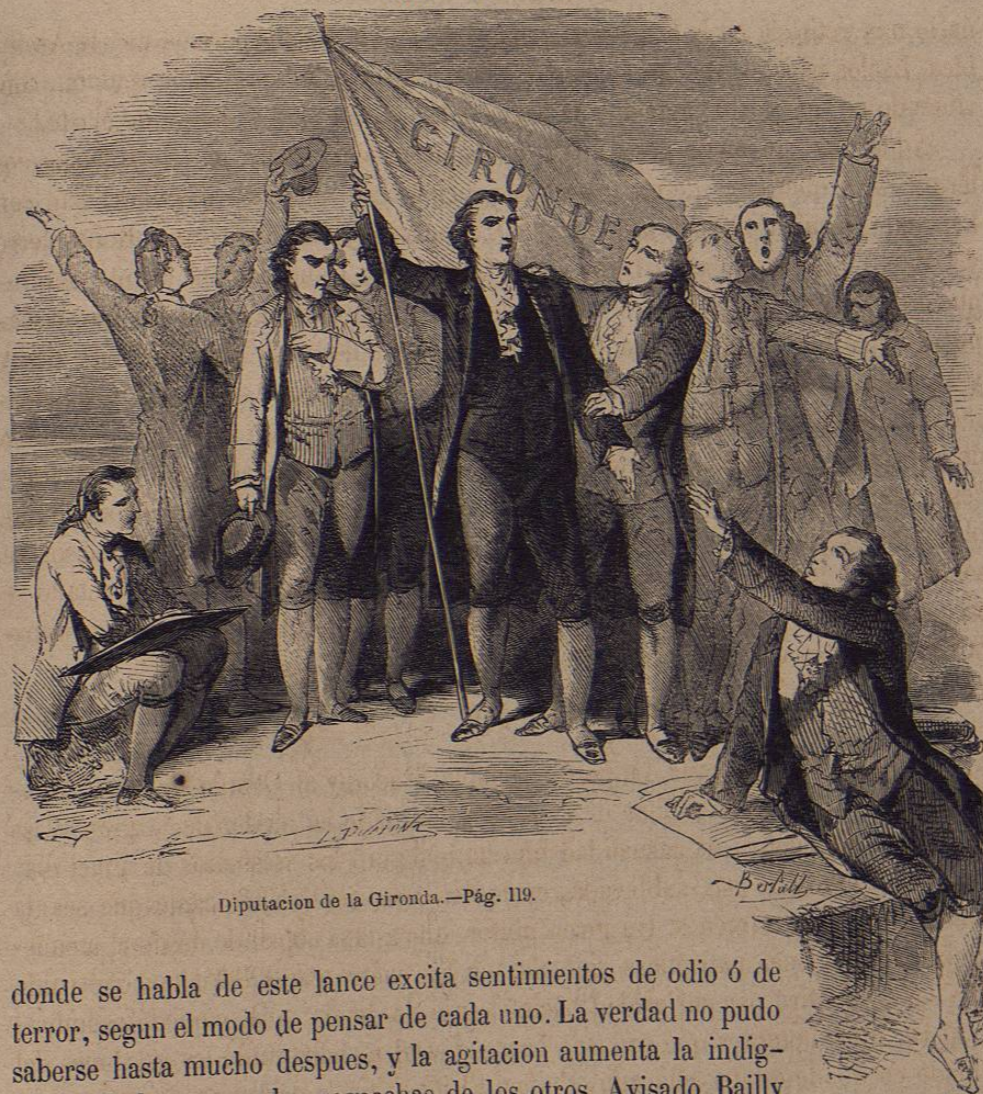
Aquel dia, sin embargo, se pasó en contestaciones entre los clubs, sobre los términos en que habia de redactarse la peticion. Los republicanos negociaban con Lafayette, á quien ofrecian la presidencia de una república americana. Robespierre y Danton, que detestaban á Lafayette, y Laclos, que trabajaba por cuenta del duque de Orleans, contuvieron de comun acuerdo el impulso dado por los Franciscanos, sujetos enteramente á Danton. Atenta la Asamblea al peligro, vigilante Bailly y Lafayette resuelto, pudieron contener el movimiento. La Asamblea hizo comparecer en la barra el 16 al ayuntamiento y á los ministros para que le respondiesen de la tranquilidad pública, redactando al mismo tiempo una alocucion á los franceses, excitándoles á unirse todos bajo la bandera constitucional. Bailly mandó publicar por la noche un bando contra los agitadores, y los jacobinos indecisos se sometieron á los decretos de la Asamblea. Los jefes del movimiento proyectado se escondieron en el momento crítico del combate, y se pasó toda la noche en preparativos militares contra las reuniones que se temian al dia siguiente.

XI

El 17, mty de mañana, empezó el pueblo á acudir al Campo de Marte, aunque sin jefes, rodeando el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Confederacion. Una casualidad funesta inauguró los asesinatos de aquel dia. Cuando la multitud está sublevada, cualquier cosa, por insignificante que sea, la induce á cometer crímenes. Un jóven pintor, que estaba copiando desde el amanecer las inscripciones patrióticas grabadas en las cuatro caras del altar, oyó ruido bajo sus piés. Miró por curiosidad hácia el sitio de donde salia, y quedó asombrado al ver unos hombres que con una barrena estaban taladrando los escalones del tablado en donde estaba colocado el altar. El jóven fué á dar aviso de esta novedad al primer cuerpo de guardia; acuden inmediatamente unos cuantos soldados de aquél, levantan los escalones y se hallan con dos inválidos que se habian metido por la noche debajo del altar, sin otro objeto, segun ellos mismos dijeron, que una curiosidad obscena y pueril. Espárcese en seguida el rumor de que han querido minar el altar de la patria para hacer saltar al pueblo en la explosion, que se ha hallado un barril de pólvora al lado de los conspiradores, y que éstos son unos inválidos conocidos por aristócratas furiosos, á quienes se ha sorprendido *infraganti*. Añádese que los supuestos criminales no tan sólo han confesado su fatal intento, sino que han declarado la cantidad que debian percibir en premio de su maldad. La turba popular, llena de ira, rodea el cuerpo de guardia donde se ha interrogado á los inválidos, y en cuanto salen de allí para ser trasladados á la casa de la ciudad, se echa sobre ellos, los arranca de manos de los soldados que los conducian, y despues de cortarles las cabezas, las coloca en las puntas de unas picas y las pasea por todo Paris, hasta las inmediaciones del Palacio Real.

XII

La noticia de estos asesinatos, comentada de mil distintos modos, se esparce por toda la ciudad y llega á oídos de la Asamblea, y en los diferentes puntos en



Diputacion de la Gironda.—Pág. 119.

donde se habla de este lance excita sentimientos de odio ó de terror, segun el modo de pensar de cada uno. La verdad no pudo saberse hasta mucho despues, y la agitacion aumenta la indignacion de los unos y las sospechas de los otros. Avisado Bailly de lo ocurrido, envió un batallon y tres comisionados al Campo de Marte. Otros comisionados del ayuntamiento recorrieron los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de sus magistrados y la alocucion de la Asamblea nacional. El terreno de la Bastilla estaba ocupado por la guardia nacional y por las sociedades patrióticas, que debian trasladarse desde allí al Campo de Marte. Danton, Camilo Desmoulins, Freron, Brissot y los principales agitadores del pueblo habian desaparecido, segun unos, para arreglar el plan de la insurreccion en casa de Legendre, segun otros, por declinar la responsabilidad que podia caer sobre ellos en semejante dia. Más tarde se valió Robespierre de la primera version para desahogar su odio contra Danton, á quien Saint-Just dijo en el acta de acusacion: «Mirabeau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció lo que valia tu audacia, y se aprovechó de ella. Tú te separaste de las leyes y abandonaste sus principios severos, sin que se volviese á oír hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Tú apoyaste aquella falsa medida del pueblo y la proposicion de aquella ley, que no era más que un pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en el complot habian combatido tu pérfida opinion, y tú fuiste nombrado, en union de Brissot, para redactar la peticion. Los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar aquel dia diez